

sos. Seremos felices, porque habremos permanecido fieles á los mandatos del Altísimo; estaremos contentos, porque sentiremos satisfechas las aspiraciones de nuestro corazón; y nos crearemos dichosos, porque estaremos seguros ya de obtener la mayor de las gracias, la salvación eterna. ¡Oh Oración! Oración! sé tú, pues, desde hoy, en lo sucesivo, la compañera inseparable de nuestros labios; el manjar sabroso de nuestras almas!... Mas, ¿á quién dirigiremos, en primer lugar, nuestras súplicas, carísimos hermanos? Las dirigiremos á nuestra Madre, á María.

¡Oh Virgen afortunada, místico espiritual Estramonio de los jardines del cielo! ¡Oh! mirad en este momento la frialdad de nuestro labio, la tibieza de nuestro corazón! Distraída siempre nuestra imaginación por objetos de ningún valor, siempre propenso nuestro ánimo á buscar en la tierra la paz, el contento, la alegría y el refrigerio, hemos omitido y despreciado aquella incesante oración, que, ordenada por boca misma de vuestro Hijo santísimo, nos hubiera sostenido en esta tierra de destierro, y fortalecido con la esperanza de un dichoso porvenir. ¡Oh Madre Santísima! Vos, que desde vuestro misterioso jardín, no cesáis de llamarnos con la elocuente voz de vuestras místicas flores, alcanzadnos esta gracia, haced que nos sea familiar y dulcísima la fervorosa oración. Os lo pedimos ¡oh Madre! por las oraciones mismas que, continuamente, elevasteis al trono de vuestro amorosísimo Dios. ¡Oh! consoladnos, Madre tierna, y haced, que siendo fieles á vuestro Hijo, encontremos en la oración el pasto del alma, el refrigerio de la vida, la protección en la muerte, el triunfo, la gloria y la felicidad eterna en los cielos.

DIA QUINCE.

EL ESTRAMONIO,

Ó SEA:

CALIDADES DE LA ORACION.

Petit, et non accipitis, eo quod male petit.

Pedís, y con todo no recibís, y esto porque no pedís como conviene.

(SANT. IV, 3.)

El orar, es, pues, mis amados hermanos, un acto necesario é indispensable; así Dios nos lo manda, y á ello, igualmente, nos obliga imperiosamente nuestra naturaleza misma viciada y corrompida. Empero ¿cómo se explica, que, tan á menudo, nuestras oraciones sean infructuosas? Si Dios mismo nos manda que oremos, ¿cómo es que muchas veces desatiende y desecha nuestras oraciones? Si nos aconseja la oración para fortalecer nuestra natural flaqueza, ¿por qué, pues, la deja vacía de toda gracia, desprovista de todo favor? ¡Oh Virgen Santísima! Vos que sois nuestro auxilio y fortaleza; ¡oh místico y espiritual Estramonio! que elevabais incesantemente vuestros perfumes hácia el Altísimo; ¿qué nos contestáis sobre este punto? ¿qué consuelo nos ofrecéis ahora en medio de nuestras dudas? ¿qué seguridad nos dais en nuestros temores? Vuestro Hijo no nos escucha, y, por lo mismo, nosotros corremos hácia vuestro trono suplicantes. ¡Ah! instruidnos, iluminadnos, enseñadnos, reveladnos, pues, por qué causa vuestro Hijo Santísimo no se digna escucharnos; por qué motivo nos arroja de sus plantas; por qué se oculta á nuestras reiteradas instancias.

Un rayo de luz viene ahora á iluminar mi entendimiento, carísimos hermanos. Nosotros hemos designado á María con el nombre misterioso de místico y espiritual Estramonio, cuya flor, segun os in-

diqué en la noche de ayer, es, entre todas, la más adecuada para simbolizar en el jardín de la Iglesia la Oracion y la Súplica. Ahora bien; ¿la súplica de nuestros lábios es tal, acaso, que pueda ser figurada bajo ese símbolo misterioso? Permitidme una simple comparacion. Fijese bien vuestra atencion, amados hermanos, en esa planta deliciosísima. Ahora ya no os recordaré cuanto sobre ella os manifesté en el dia anterior; ya no os hablaré de su colorido exterior de púrpura, con el cual se embellecen sus flores; ni de aquella majestuosa elevacion de sus troncos, que la hace superior á todas las demás plantas que la rodean; ni del hecho de abrirse en medio de las tinieblas de la noche; ni de su amor á la soledad y al retiro, que la hacen, por lo mismo, más preciosa y grata. Ahora prescindiré, absolutamente, de todo eso, y solamente me propongo recordaros tres propiedades de esa planta escogida, las cuales son las más adecuadas para enseñarnos las condiciones de que debé ir acompañada nuestra oracion.

Notadlo bien, hermanos míos; tres maravillas distinguen esa planta preciosísima; el interno candor de las flores, que superan á la luz en resplandor, y á la nieve en blancura; el humilde recogimiento de las mismas, permaneciendo siempre á cubierto de sus majestuosas hojas; y, finalmente, aquel perfume incesante, que nunca disminuye, ni por variar de terreno, ni por el transcurso del tiempo. ¿Lo entendéis, mis amados hermanos? El interno candor de las flores simboliza la fé; la ocultacion de las mismas entre sus hojas, figura la humildad; la circunstancia de no disminuir jamás sus perfumes, significa la perseverancia. La fé, la humildad y la perseverancia, hé ahí, pues, lo que hizo que la oracion de María fuese verdadero Estramonio espiritual en los jardines del cielo; la fé, la humildad y la perseverancia, hé ahí lo que ha de hacer nuestra oracion eficaz y fructífera.

¡Oh Madre amorosísima! ¡Ah! Vos, que hablais con tal elocuencia á vuestros hijos, venid en socorro de su flaqueza! Así, nosotros, hermanos míos, instruidos por ese místico y espiritual Estramonio, siendo confiados, humildes y perseverantes en el pedir, experimentaremos la eficacia de nuestras súplicas, y sabremos por experiencia, que el Señor muéstrase propicio, y que derrama sus miradas con abundancia sobre aquellos que sinceramente le invocan. Saludemos á María con el Angel: A. M.

El místico y oloroso Estramonio, con el interno candor de sus maravillosas flores, nos enseña la primera y esencialísima propiedad que

debe tener la oracion cristiana; la fé. Y aquí, para no incurrir en error alguno, bueno será explicar, desde luego, que se entiende por esa fé necesaria á nuestras súplicas. Esa fé, hermanos míos, ejerce una doble funcion; en primer lugar, sobre el entendimiento; y en segundo lugar, sobre la voluntad. Reside la primera en el entendimiento, induciéndonos á creer con firmeza invencible, que Dios, el misericordiosísimo Dios, nuestro Padre amoroso, y nuestro todo, movido por su inmensa bondad, obligado, por decirlo así, por sus divinas promesas, se dignará concedernos las gracias que pedimos. La segunda de dichas funciones reside en nuestra voluntad; y fundándose en la concebida certeza, nos induce á esperar, sin vacilacion ni recelo alguno, que hemos de alcanzar dichas gracias: de esta suerte, nuestra alma, fortalecida y animada con tal esperanza, fundada en la fé, ruega, imita y hace violencia, por decirlo así, al corazon mismo de Dios.

¡Oh almas tibias, que empezais vuestras súplicas con el temor de que ellas no han de ser atendidas, que dudais de la misericordia, de la bondad y de las divinas promesas; ¿cómo quereis que sean eficaces vuestras oraciones? Pues que! ¿acaso no estais viendo, que la eficacia respecto de vuestras oraciones no se os promete sino bajo la condicion, de que éstas vayan acompañadas de la confianza? Vosotros alcanzareis todo aquello que pidieris, decia Jesucristo; mas solamente lo alcanzareis cuanto rogareis con fé: *Omnia quæcumque petieritis in oratione credentis accipietis* (MATTH. XXI, 22). Y el apóstol Santiago, expresándose todavía en términos más expresivos, nos dá más claramente á entender, que todo aquel que solicite gracias de Dios, debe pedir las con fé, sin duda ni vacilacion alguna: *Postulet autem in fide nihil hesitans* (1, 6). Así, pues, empleando yo para el caso el símil que nos ofrece dicho apóstol, os pregunto: ¿habeis visto alguna vez, mis amados hermanos, el mar cuando se halla combatido por los vientos más furiosos y contrarios, como movido de una fuerza interna y de un interior impulso? Agítanse sus olas, vomita raudales de espuma, estréllase contra los escollos; ora retrocede hácia su centro, ora se aproxima á la orilla; unas veces se inclina á diestro, otras á siniestro; tan pronto sus aguas se elevan, como descienden á lo más profundo. Pues bien, tal aparece, precisamente, el hombre que ruega sin fé; ese hombre siente tambien su alma agitada por los vientos de la funesta duda, sumergida en las olas de un opresivo temor, combatida por las corrientes de una desoladora incertidumbre.

Así, pues, es siempre el mismo apóstol quien habla, no piense se-

mejante hombre conseguir gracia alguna del Señor: *non ergo existimet quod accipiat a Domino*. Segun san Agustin, la súplica que carece de fé, no tiene eficacia alguna; le falta el vigor, le falta la vida: es una súplica muerta, es un cadáver yerto, es una nonada: *Si fides deficit, oratio perit* (SERM. XXXVI). La fé, ó mejor dicho, la confianza es, precisamente, segun el melifluo Doctor, aquella planta omnipotente, que somete á su imperio todo el territorio que ocupa. Y prescindiendo ahora de toda metáfora, puede asegurarse, que la confianza hace eficaces nuestras oraciones: *quæcumque petieritis in Oratione, credentes accipietis*. Al decir del angélico Doctor, si bien la oracion, en cuanto á la eficacia respecto del mérito, debe apoyarse en el amor; en cuanto á su eficacia, respecto de la invocacion, segun nos enseña el mismo Doctor, debe apoyarse en la fé. Roguemos, pues, roguemos con fé, y obtendremos toda gracia, y todo será posible para nosotros: *omnia possibilia sunt credenti* (MARC. IX, 22).

Admirad ahora, amados hermanos, la fuerza de la oracion cuando va acompañada de la fé. Hallábase María con su querido Jesús en las bodas de Caná, cuando hé aquí, que hácia el fin del banquete, llega á faltar, por un caso inesperado, el vino en las hidrias. Advierte el hecho la Virgen amorosísima, y movida de compasion hácia los dos esposos, cual místico y espiritual Estramonio, con el interno candor de sus flores, vuelve, confiada, los ojos hácia su Hijo, y le dice: no tienen vino. Con estas palabras, María quería decir: muestra con un prodigio tu poder. A tal súplica no se rinde Jesús, ántes bien, volviéndose hácia su Madre, le contesta: Aún no ha llegado mi hora. A esa inesperada respuesta, la Virgen no se perturba en manera alguna, sino que confiada en el candor de sus flores, está tan cierta del futuro prodigio, tan persuadida de la bondad de su Dios, que, llamando á los siervos: Haced, les dice, lo que mi Hijo os dirá. Hermanos míos; tanto candor de fé en María no podía ménos de triunfar del corazon mismo de Dios. Así fué, que anticipando el Redentor la hora de los milagros, quedaron satisfechas las súplicas de la Virgen, vióse trocada en vino el agua de las hidrias, y pudo admirarse el poder de la criatura ante la majestad del Altísimo.

Mis amados hermanos; si nuestros ruegos fueren acompañados de un candor de fé semejante, ¿tuviéramos acaso motivo para quejarnos de su ineficacia? ¿Tuviéramos, por ventura, que afligirnos por no ser atendidos por Dios?

Empero, ese místico Estramonio, que embellece sus flores con el más brillante candor, ocúltalas al mismo tiempo en la abundancia de sus hojas. Y hablando sin velo, puede decirse, que la oracion que se

halla animada de la fé, desea cubrirse y ocultarse bajo el manto de la más profunda humildad. La fé y la humildad, hé ahí las alas sobre las cuales debe remontarse hácia el Empireo. Sí, es verdad, amados hermanos, y yo mismo os lo he indicado, que la oracion, respecto á la eficacia para obtener gracias, debe apoyarse en la fé; tambien es cierto, á la vez, que esa fé no será agradable al Señor si no va acompañada de una sincera humildad. ¿A quién debo yo hacer, pues, dice el Señor, el objeto de mi misericordia, sinó al pobre de espíritu, á aquel que teme mis mandatos? ¿No fué acaso en la humildad, en lo que se fundaba Daniel, cuando decía al Señor: ¡Ah! no atiendas á nuestros méritos, sinó á tus infinitas misericordias? Observadlo, sinó, hermanos míos, en la oracion del Fariseo y del Publicano. Aquél rogaba con la frente erguida y arrogante, sin dignarse siquiera doblar su rodilla al suelo; y daba gracias al Señor ¡oh funesta impiedad! porque él no era, como tantos otros, soberbio, injusto ni vengativo, y, principalmente, porque no era como aquel Publicano que tenía detrás. Este, por el contrario, golpeándose fuertemente el pecho, en señal del más vivo dolor, y teniendo sus ojos fijos en el suelo por humildad, pedía al cielo perdon por las faltas cometidas, é imploraba de su Dios proteccion y auxilio. Pues bien; ¿qué sucedió? Que el primero salió reprobado, y el segundo halló gracia á los ojos de Dios.

¿Cuál es, pues, carísimos hermanos, vuestra oracion? Si yo pudiera penetrar en vuestro interior, decidme: ¿no observaría allí, por ventura, pensamientos inútiles y nocivos del mundo, de vanidad, de locura, acompañando ¡ay! y con cuanto detrimento de vuestra alma, vuestras oraciones? ¿Acaso no me fuera dado notar aquellas voluntarias distracciones, que vienen á interrumpir, de vez en cuando, vuestras peticiones? Y ¿cómo dejaría de ser ello así, hermanos míos? Aunque mi mirada no pueda excudriñar vuestro interior, ¿no me sobran, por ventura, motivos para hacer tal deduccion, juzgando simplemente por vuestro exterior? Esas inútiles frivolidades, esas risotadas reprehensibles, y ese divagar de las miradas, ¿no hablan, por ventura, con harta elocuencia? ¿No están diciendo, que por nada se tiene en cuenta el sentimiento interior de la majestad del Altísimo; que no se considera de modo alguno la propia miseria, la propia nada; que, finalmente, semejante oracion en manera alguna está fundada en la santa humildad? ¡Ah! hermanos míos, aquí os repetiré yo con san Bernardo: si quereis que sea eficaz vuestra oracion, fundadla en todo género de humildad: *in omni humilitate* (SERM. V, *in Quadrag*). Fundadla en la humildad interior, humillándoos ante la

majestad del Altísimo con el entendimiento y con el corazón; fundadla en la humildad exterior, procurando que ésta se refleje en la compostura de vuestro rostro, en la modestia de vuestras miradas, y en el recogimiento de toda vuestra persona; y entonces, en realidad, vuestra oración, cual oloroso perfume de espiritual Estramonio, se elevará hácia el Altísimo; entonces, ciertamente, descenderán sobre vosotros, á manera de lluvia saludable, las misericordias divinas.

Aprended, carísimos hermanos, ó mejor dicho, aprendamos todos de María. Contemplemos como Ella, cual místico y celestial Estramonio, oculta sus cándidas y olorosas flores en la abundancia de sus hojas, bajo el manto de la más profunda humildad. En la exposición que os hice de su Cántico, pudisteis admirar las elevadas ideas y los sublimes conceptos de que se sentía embargada y transportada, por decirlo así, la mente de María; mas, al mismo tiempo, pudisteis observar, el abismo de humildad en que se hallaba sumergida su alma. Ella, delante de la majestad del Altísimo, á la vista de su nada, no puede resistir; se esconde, se humilla, se anonada, se declara la sierva de Dios; y entonces, pasando su humildad, desde lo interior á lo exterior, se postra, fija en el cielo su mirada, sepulta en el polvo su frente, teme ofender con un sólo paso al Altísimo. Los Ángeles la contemplan y se asombran: colócanse en torno de ella, inclínanse en su presencia, la saludan, arrojan á sus plantas las más preciosas florecillas; y María apercíbese de ello, experimenta su asistencia, gusta de la suave fragancia; mas eso mismo le sirve de estímulo para guardar mayor recogimiento interior, para concentrar más y más su amor dentro de su corazón, y humillarse cual sierva y esclava. Dios la mira, y complácese en ella; descende sobre ella con la abundancia de sus consuelos: tales consuelos la enaltecen, la levantan de la tierra, arrebatan sus sentidos; la rodean de luz y de resplandor eterno; y María considérase indigna de tantas gracias; María escóndese bajo el manto de su humildad; María no sabe persuadirse ella misma de su felicidad. Y en medio de su anonadamiento, Ella ruega; en su humillación, suplica; y en la consideración de su nada, deja oír su voz; y Dios la escucha, Dios la satisface, Dios la consueta. Y no creais, que esta humildad dejara de observarse en María, cada vez que ella renovaba sus fervorosos ruegos. Si; ella era la inseparable compañera de sus frecuentes oraciones; y este era el sentimiento que reinaba en su corazón, no ménos que en su exterior, cada vez que dirigía el pensamiento hácia su Dios. ¡Ay de nosotros, hermanos míos, si en vista de unos ejemplos tan luminosos no despertáramos de nuestro letargo!

Finalmente; nuestra oración debe ser suave perfume de espiritual Estramonio, que jamás disminuye en el decurso del tiempo. ¡Almas pusilánimes, que cansadas de orar al ver que no sois escuchadas, renunciáis enteramente á vuestras oraciones! ¿Qué creéis conseguir, pues, con esa inconstancia? ¿Ignorais, acaso, que el mejor medio para obtener gracias es la perseverancia en pedir las? ¿No es, por ventura, Ella, la tierna Madre, la que se complace en dar sus dones á sus tiernos hijos por el placer de verlos en torno de sí pidiéndoselos? ¿No es Ella, acaso, el Padre amoroso, que si niega las peticiones á sus hijos, es, solamente, para que éstos se hagan más dignos de las gracias solicitadas?

Pues bien; si la perseverancia nos hace más queridos de nuestro Dios, y más dignos de las mercedes pedidas; ¿á que cansarnos de orar y pedir? Si el ciego de Jericó no hubiera gritado por segunda vez: *Jesu filii David, miserere mei* (MARC. x, 4), ¿hubiera, acaso, recobrado la vista? Y el Parálítico del Evangelio, que, durante más de cinco lustros estuvo pidiendo su curación, ¿la hubiera obtenido, por ventura, si un solo día ántes se hubiera cansado de implorarla? Y nosotros, hermanos míos, por haber rogado solamente unos pocos días, ¿debiéramos, acaso, ya cansarnos, debiéramos ya desistir? ¡Ah! Dios, dice San Gregorio, quiere ser rogado, violentado, importunado con nuestras súplicas. *Vult rogari, vult cogi, vult quadam importunitate vinci* (in Ps. vi, 1). ¿Lo oís? sin la perseverancia no obtendréis merced alguna del cielo: *Obtinere in sola precum mora est* (S. HIL. com. vi in MATH).

¿Quereis, pues, una gracia? Pedídsela á Dios. ¿Tal vez no os la concede? Proseguid en la oración. ¿Acaso parece permanecer sordo á vuestro clamor? Redoblad vuestras súplicas. ¿Quizás transecurrieron ya meses enteros, y aún largos años, del mismo modo? No importa; perseverad: vosotros moveréis, finalmente, el corazón de Dios: Él os consolará; vosotros alcanzareis la gracia; y la alcanzareis, tal vez, más abundante que no le pedís. *Obtinere in sola precum mora est.*

También sobre esto, mis amados hermanos, nos dió un ejemplo María. Cual inmortal Estramonio, que nunca cesa de exhalar perfumes, Ella rogaba en el Templo al Señor por la comun reparación; afligida por los males de que se hallaba oprimida la enferma humanidad, elevaba fervorosas preces al Altísimo, á fin de que enviara sobre la tierra al Redentor prometido; Ella rogaba con los antiguos Patriarcas, para que el cielo se abriera y lloviera al Justo; para que de la fecundada tierra brotara el Salvador; y á pesar de que el cielo parecía permanecer sordo á sus voces, no por eso dejaba Ella de ele-

var sus suaves perfumes hácia el trono excelso de Dios. Y cuando el Angel del Señor, bañado en luz, coronado de flores, y revestido de gloria, descendiendo desde lo alto del Empíreo con sus doradas alas, se muestra ante ella en el humilde aposento de Nazareth, para anunciarle, cual embajador celestial, el sublime misterio de la divina Encarnación; María hállase precisamente de rodillas en dicho aposento, enteramente absorta con su Dios, en rogar por el mismo fin, es decir, para que apareciera, por último, la luz, el consuelo, el Redentor del mundo. Y ¡dichosa Ella! que vió sus súplicas, no sólo atendidas, sino que alcanzó mucho más de lo que pedía. Ella pedía al Señor, que Él amaneciese como la luz de los cielos, que descendiera como rocío de las nubes, que brotara como una flor sobre la faz de la tierra; y Ella misma se ve entónces elegida cual cielo, de donde debía surgir la luz; cual nube, que derramar debía la lluvia.; cual tierra, que debía producir la verdadera flor de los siglos: el Redentor del mundo.

Perseverancia, pues, carísimos hermanos; pero, que esa perseverancia vaya acompañada de la humildad, y esa humildad unida á la confianza. Confianza, humildad y perseverancia; hé ahí las bellas condiciones, las cuales, si se hallaren en nuestra oracion, la harán eficaz y fructífera.

¡Ah! cesen, pues, ya de una vez, esas injustas lamentaciones de tantos cristianos modernos, los cuales al observar, que sus súplicas carecen de eficacia, no temen acusar por ello á Dios mismo, como si éste, casi sordo é insensible, no les quisiera mirar con ojos de clemencia y de amor. ¡Ah! desdichados! en nosotros mismos hemos de buscar la causa de que Dios no nos escuche. Nosotros rogamos, es cierto; mas, ¿qué genero de súplicas son las nuestras? ¿Apóyanse ellas siquiera en cierto grado de confianza? ¿Van, por ventura, acompañadas de una profunda humildad? ¿Son, acaso, coronadas de una perseverancia cristiana? ¡Ah! cuán diferentes, hermanos míos, son nuestras oraciones!

Nosotros nos preparamos para la oracion con la incertidumbre, la desconfianza y el temor: en tal acto nos acompaña la inmodestia, la distraccion y el orgullo; nos quejamos de Dios porque rogando de tal suerte, no nos escucha; descuidamos la oracion, casi estoy por decirlo, ántes aún que nuestras voces lleguen al trono excelso de Dios.

¡Ah! hermanos míos; no nos forjemos ilusiones en daño nuestro. La oracion, no cabe dudarlo, es la fuente de todo bien, es el medio para obtener toda gracia, el arma para sostener todo combate; mas,

no toda súplica, no toda oracion reúnen esas condiciones. Todas esas ventajas sólo puede ofrecerlas la oracion, que nos ha enseñado esta noche, con su ejemplo, nuestra Madre María: la oracion confiada, humilde y perseverante.

¡Ah! no sea, pues, infructuoso para nosotros vuestro ejemplo ¡oh María! Hartas veces nosotros mismos hemos tenido que confesar, que nuestras peticiones no eran escuchadas por Dios, por carecer de aquellos dotes que, solamente, pueden hacerlas agradables á sus miradas. Nosotros rogamos, mas sin fé alguna en las promesas y en la bondad de nuestro Padre celestial; nosotros rogamos, mas acompañando nuestras súplicas con el orgullo de nuestro corazon; nosotros rogamos, pero cansados ya por haber elevado una sola vez nuestras voces al Empíreo, no volvemos á renovar nuestros gritos, ni reiteramos nuestras instancias, ni proseguimos constantes en nuestras oraciones.

¡Ah! Madre nuestra celestial! sacadnos de esta indiferencia; haced que no olvidemos jamás, que no es posible alcanzar gracia alguna de Dios, si no fuere pedida con confianza, con humildad y con perseverancia. De esta suerte, y procurando que nuestras oraciones sean tales, tendremos igualmente ocasion de ensalzar las misericordias del Altísimo, y de entonar himnos de gratitud á su soberana munificencia.

DIA DIEZ Y SEIS.

LA ROSA,

O SEA:

EL AMOR DE DIOS.

Dilige Dominum Deum tuum ex toto corde tuo.

Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazón.

(MATTH. XXII, 37.)

Si hasta el presente pareció bello á nuestros ojos el místico jardín, que nos ofrece el corazón santísimo de nuestra Madre María; si al ver las flores que en él germinan, nuestra mente permaneció extática, y nuestro ánimo sintióse sobrecogido de la más profunda admiración; ¡oh! esta noche, preparad vuestros entendimientos para la contemplación de las más sobrenaturales bellezas; disponed vuestros corazones para sentir el poder de los más vehementes afectos, los impulsos más amorosos y sublimes. La planta más deliciosa y agraciada, la flor más variada y preciosa, se ofrece, esta noche, á vuestras miradas, á la ternura de vuestros corazones: la Rosa, la delicia de los hombres, el ornato de los campos, la reina de las flores; la Rosa, el consuelo de las angustias, el lenitivo de los pesares, el bálsamo de los dolores; la Rosa, el emblema de la paz, la imagen de la juventud, el símbolo de la gloria: la Rosa.... Y ¿quién fuera capaz de describir el aspecto seductor de esa flor, sus formas agraciadas, la viveza de sus colores y la fragancia de sus suaves perfumes? Descollando bella y majestuosa sobre sus elegantes hojas; enriquecida toda ella con las galas más preciosas, las cuales van descubriendo, paulatinamente, su belleza nativa; humedecida levemente por el rocío de la mañana, sin sufrir el menor daño de los benignos rayos del sol más brillante; dicha flor ostenta en sí misma, todas las bellezas que se hallan esparcidas por el universo: ella parece un astro que res-

plandece en el cielo; una piedra preciosa que embellece los mares; una luz que irradia la tierra. El Iris más bello no bastara para expresar la variedad de sus tintes. Si ella se reviste de color amarillo, parece llama la más esplendente; si se distingue por su color encarnado, nada es, en su comparación, la púrpura; si es blanca, y brilla por su candor, semeja á la luna serena y esplendorosa. Y esa flor, tan pronto nos seduce por sus especies, como nos enamora por sus infinitas variedades, y nos embelesa por sus innumerables encantos.

¡Oh flor maravillosa! tus encantos seductores, tus vivos colores, tus formas graciosas, tu fragancia exquisita, y tu esplendor sin par, nos hablan con lenguaje el más maravilloso, de aquel afecto del corazón el más tierno y suave, el más vivo y ardiente, el más poderoso y duradero; afecto grato, que arrebató y ensalza, ablanda y consuela, despoja y reviste, alienta é ilumina, sublima y diviniza; afecto suavísimo, que comunica belleza á la expresión, vivacidad á los ojos, calor á las lágrimas y esplendor al semblante. ¡Oh afecto purísimo! tú, que eres la paz de toda alma, el reposo de todo corazón, el incendio de todo pecho; ¿cómo no revistes nuestra alma, no rodeas y penetras nuestro espíritu?

No es necesario, mis amados hermanos, que yo os dé ahora nuevas explicaciones; harto comprendereis vosotros mi lenguaje. El amor, el amor purísimo, nuestro amor á Dios, hé ahí el objeto de mi discurso; hé ahí el afecto hácia el cual nos llama y nos invita la mística Rosa, la verdadera flor de los campos, nuestra Madre María. ¡Oh! dichosos de vosotros, que sois capaces de tal afecto! ¡Afortunados de vosotros, á los cuales vuestra Madre invita á tan sublime grandeza! ¡El amor á Dios! Y ¿qué valor no tiene, pues, para el hombre el amar á su Dios? Por medio de este afecto, el hombre se eleva sobre sí mismo, se une inmediatamente con su Señor, y casi estoy por decir, que se diviniza; por medio de este afecto, olvida sus propios dolores, satisface sus aspiraciones, llena la inmensidad de su corazón; por medio de ese sentimiento adquiere todo bien, es colmado de toda riqueza y abunda en toda gracia.

Amemos, pues, hermanos míos, amemos á nuestro Dios, y especialmente en este día (1), en el cual el Dios del amor, habiendo descendido sobre los Apóstoles, hizo de ellos unos hombres nuevos, revestidos de una virtud superior, convirtiendo sus corazones en hornos encendidos de la más ardiente caridad; ¡oh! en este día salga de nuestro pecho una llama tal, que nos eleve con todo el ímpetu de

(1) Este sermón fué predicado en el sagrado día de PENTECOSTÉS.